



EL CORAZÓN

SEGÚN la medicina, el corazón no es más que la regadera del cuerpo humano.

Una especie de bomba que, comprimiéndose y dilatándose alternativamente, lanza raudales de sangre por las misteriosas vertientes de las venas.

Mecánicamente considerado, es el muelle real de este reloj eternamente descompuesto que se llama hombre.

Un aparato admirablemente construido, pero nada más que un aparato.

La medicina y la mecánica se sientan al pie de ese descubrimiento con la satisfecha tranquilidad del viajero que ha terminado su camino.

He ahí el corazón según la ciencia.

Nosotros ponemos la mano sobre él, y lo sentimos golpear incesantemente, como si quisiera que no olvidáramos que va siempre con nosotros.

En sus latidos hay algo de impaciencia, algo

de esa precipitación que en sus movimientos llevan las cosas que acaban pronto.

Parece que la rapidez incesante con que se agita es una voz sin palabras que nos está gritando siempre: «Esto va á escape.»

Yo creo algunas veces que es un ser escondido dentro de mi ser, encargado de contar los instantes de mi vida.

Terrible cronómetro, que no pierde ni un átomo de tiempo.

Sus latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que va minando lentamente los cimientos de un edificio.

El día que el ruido cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos sólo arroja la sangre que nos da la vida.

Observadlo bien, y veréis que cuando se siente oprimido, empuja hacia los ojos torrentes de lágrimas.

El corazón se puede decir que es el cerebro de los sentimientos.

La cabeza nos dice: «Piensa.» El corazón nos dice: «Siente.»

La inteligencia discurre; el corazón adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza.

La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios, si hubiera podido seducir al corazón.

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazón hermoso.

La inteligencia propone; el corazón manda.

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento.

La lógica del corazón dispone de argumentos irresistibles.

Nada más fácil que tener veinticinco años.

Á poco de nacer los tiene cualquiera.

Un hombre de veinticinco años tropieza un día con una hermosa cabeza plantada gallardamente sobre un cuerpo ligero y gracioso.

Esta cabeza tiene una cara; esta cara tiene una boca fresca como una rosa que acaba de abrirse y dos ojos que no debieran cerrarse nunca.

Este tropiezo es una mujer, y Madrid está lleno de estos tropiezos.

Dos corazones jóvenes se entienden al instante, porque el corazón es mucho más perspicaz que la inteligencia.

Se ven: este es el exordio.

Se miran: esta es la exposición.

Se hablan: esta es la conclusión.

La fuerza lógica de este discurso produce á la vez en ambos un mismo convencimiento. Los dos se separan seguros de que han nacido el uno para el otro.

Hágase del amor una idea, y esos pobres amantes no se convencerán jamás.

La serpiente del paraíso, con todo su talento, hubiera luchado mucho tiempo sin convencer á Adán para que probara el fruto prohibido.

Así debió comprenderlo, cuando, desechando todos los persuasivos recursos de su diabólica imaginación, adoptó por toda figura retórica la hermosa figura de Eva.

Todo hombre enamorado es un ser á quien, por un procedimiento incomprensible, se le ha subido el corazón á la cabeza.

Por eso discurre de una manera que nos parece loco.

Aquí hay un padre severo.

Ha vaciado su voluntad en el molde frío de la razón.

Discurre con una lógica incontestable.

Todo el mundo es de su parecer, excepto su hija.

La cuestión es muy sencilla : se trata de elegir un marido.

El padre ha puesto los ojos de su razón en uno: la hija ha puesto los ojos de su corazón en otro.

El padre hilvana una serie de reflexiones profundas, y sostiene su idea con argumentos incontestables.

La hija oye y calla : realmente no tiene nada que contestar, y el padre se restrega mentalmente las manos, celebrando el triunfo de su razón y la eficacia de su lógica.

Entre tanto el corazón de la hija late apresuradamente, como si quisiera aturdira con su continuo martilleo.

Al otro día, el padre observa que su hija ha comido poco.

Al otro día, nota que está demasiado pálida.

Y al día siguiente, la sorprende llorando.

Estos tres argumentos, formulados sucesivamente, destruyen toda la fuerza de su convencimiento.

Una sombra de tristeza, un poco de palidez y unas cuantas lágrimas, acaban de mofarse de un cúmulo de razones que parecían indestructibles.

No quiera Dios que una mujer ó un niño os pidan una iniquidad por medio de una lágrima ó de una caricia, porque de seguro os vencerán.

Examinad bien vuestra gaveta.

Los números inflexibles os señalarán, con la sangre fría que los distingue, la cantidad precisa de dinero que forma toda vuestra fortuna.

El último duro os dice resueltamente que no hay más.

Pero hay en la joyería que está enfrente de vuestra casa un brazalet que se ha empeñado el joyero en que vale lo menos el doble de vuestra fortuna.

Tenéis una hija, una amante ó una esposa que ha hecho de ese brazalet el objeto constante de su pensamiento.

Vuestro corazón tiene también su aritmética, y echa sus cuentas.

El brazalet cuesta el doble de vuestro dinero, pero la alegría de una hija, la sonrisa de una amante ó la tierna satisfacción de una esposa, valen mucho más que el brazalet.

Esto es casi una especulación, y el corazón es un bolsillo inagotable.

Vuestro dinero se dobla.

Para el corazón, no existen imposibles.

La elocuencia sería bien poca cosa si sólo tratara de convencer.

Si no conmoviera, no haría nada.

El estilo es el hombre, ha dicho uno y todos lo hemos repetido, y esto para mí quiere decir que el hombre es su corazón.

No todos los cadáveres están en el cementerio: muchos circulan insepultos, fingiendo una vida que han perdido.

El hedor de sus pensamientos, la frialdad moral de sus palabras, os dirán cuáles son los que pasean en el mundo un corazón muerto.

Un tonto, inspira desdén.

Un hombre de talento, admiración.

Un corazón corrompido, odio.

Un corazón generoso, cariño.

La sensibilidad es la inteligencia del corazón.

Un hombre sin corazón es una estatua que parece que piensa.

Una mujer sin corazón es menos todavía: es una estatua que se mueve.



EL HILO DE LOS SUCESOS

En todo hilo hay una propensión natural y manifiesta á enredarse.

La costurera menos atenta á los fenómenos que producen los elementos de su oficio, sabe esto perfectamente.

Así es que no hay una sola de esas criaturas, cuya vida es una sucesión interminable de puntos, que al recibir la madeja de seda con que ha de dar vida al futuro vestido, no la devane cuidadosamente para evitar el peligro de que se enrede.

Esto es elemental en el arte de coser.

Porque el hilo y el tiempo son dos cosas que las mujeres que saben su oficio deben consumir en una misma proporción.

Desconfiad de toda mujer que al hacer la cuenta del día no salga á lo menos á punto por minuto.

Una madeja enredada es siempre una costura

sin hacer, un tiempo malgastado y un hilo perdido.

El hilo de los acontecimientos es un hilo que tiene la misma propensión que todos los hilos.

Siempre que no se le devana cuidadosamente, se enreda : es el vicio constitucional de todo hilo.

Por eso en el gabinete de un hombre de Estado suele encontrarse lo mismo que en el fondo del costurero de una mujer descuidada.

Esto es, una *maraña*.

Y fijando atentamente la consideración sobre el objeto representado por la palabra *maraña*, admira la actividad, el talento, el ingenio que despliega el hilo para enredarse.

¡Qué infatigable obstinación opone siempre á la paciencia de la mujer que quiere desenredarlo!

Los ojos se pierden en un laberinto de hilos que se cruzan, se enroscan y se confunden, y los dedos se extravían en una confusión de nudos que se suceden, se estrechan y se defienden, como si la vida de cada uno de ellos dependiera de la vida de los demás.

El cabo que se busca es precisamente el que no parece; todos los accidentes del enredo parecen empeñados en ocultarlo.

El hilo entre tanto serpentea maliciosamente, se adelanta y retrocede, se une y se separa, aparece y desaparece, formando un conjunto que marea, que produce vértigos, donde las manos se fatigan y los ojos se cansan, donde se pierde la vista y el tacto, y cuyo tejido es cada vez un misterio más pro-

fundo, un secreto más religiosamente guardado.

Hay en muchas cosas una terrible desproporción.

Por ejemplo: ¡con qué facilidad se baja una pendiente, y, en cambio, cuánto trabajo cuesta subirla!

Veinte años de vida, que quieren decir veinte años de pesares, de disgustos, de inquietudes, le cuesta al hombre llegar al dominio de su razón.

Y ese tesoro tan lenta, tan trabajosamente adquirido, lo pierde en un solo momento de locura.

Una de las grandes intrigas del dinero es haber conseguido que sea mucho mayor el número de hombres que lo gastan, que el número de hombres que lo ganan.

El mismo duro ofrece una cruel resistencia á todo el que quiere ganarlo, y una pasmosa facilidad á todo el que quiere gastarlo.

Una mujer no necesita más que recibir en sus ojos el despacho telegráfico que envíe á su corazón la electricidad de una mirada, para sentir en el fondo de su alma el fuego activo de una pasión profunda.

El relámpago no es más rápido, ni el rayo más pronto.

Pero ¡qué raudal de lágrimas no necesita para apagar después el incendio de su corazón!

Los vicios se adquieren con tanta facilidad, que muchas veces no sabe uno darse cuenta de cómo los ha adquirido.

¡Y cuánto tiempo, cuánta reflexión y cuánta virtud no son necesarias para destruirlos!

Todo hombre necesita, para nacer, nueve meses de preparación.

Seguidle, y veréis cómo no necesita más que un instante para morir.

Poned en manos de un niño de tres años una madeja de hilo.

Al momento la madeja se habrá convertido en un enredo maravillosamente combinado.

Si tenéis costumbre de reflexionar sobre las cosas frívolas, convendréis en la absurda exactitud que va encerrada en esta exclamación:

¡Qué ingeniosa habilidad hay en las manos de la inocencia!

De las manos del niño, pasad la madeja á las manos de la mujer.

Por grande que sea su destreza, apelará ante ese intrincado enigma á la eficacia de sus tijeras, como Alejandro apeló á su espada.

Después de agotar todos los recursos diplomáticos que la naturaleza ha puesto en los dedos finos y delicados de una mujer, echará mano á su espada y cortará el enredo.

Hecha esta observación, que no puede ser desmentida, es preciso convenir en que un niño tiene más talento que una mujer.

Ó digamos que la casualidad es más ingeniosa que la inteligencia.

¿Por qué no ha de ser lo mismo bajar que subir, ser tonto que tener talento, nacer que morir, enredar que desenredar?

¿Por qué la ignorancia, la locura ó la casuali-

dad han de producir esos complicados enredos, contra los que el talento, la previsión y la habilidad luchan y se gastan, como un cuchillo que se empeñara en cortar una piedra?

Las circunstancias, esa multitud de accidentes que se combinan de infinitas maneras para producir la variedad inagotable de sucesos que hace tan amena la vida de estos tiempos, son lo que los números á la cantidad.

Á cualquiera que se tome el trabajo de examinar con atención un vaso que se derrama, debe ocurrírsele que en él se verifica el fenómeno de las circunstancias.

Allí no hay más que un conjunto de gotas de agua dispuestas de modo que la primera es tan absolutamente indispensable como la última para que el vaso se derrame.

El hecho más sencillo es siempre el resultado de una elaboración minuciosa de circunstancias que suelen escaparse á nuestra penetración.

Las desgracias son las cosas que ocurren con más facilidad.

Nada más fácil que romperse una pierna, que perder una fortuna, que recibir un desengaño ó una ingratitud.

Y sin embargo, cada una de estas desdichas necesita un conjunto de pormenores perfectamente tejidos y enlazados que han de producirla; como la complicada y oculta máquina de un reloj produce el movimiento de las agujas que señalan la hora.

Un hombre despierta por la mañana, después

de haber dormido toda ó una parte de la noche, circunstancia precisa sin la que le hubiera sido imposible despertarse.

Este hombre tiene la felicidad de no saber qué hacer de esa hermosa mañana que le entra por los ojos, después de haber entrado por los balcones de su habitación, entreabiertos maliciosamente como la boca de una mujer á quien la naturaleza le ha concedido unos dientes perfectos.

Realmente este hombre no tiene ningún motivo serio que le obligue á salir á la calle, y hasta experimenta esa dulce pereza que nos cierra con tanta amabilidad la puerta de nuestra misma casa.

Pasar la mañana tendido en una butaca contando las flores de los tapices, es una bella perspectiva.

Una vez averiguado el número de veces que un dibujo está repetido en la alfombra, en la pared ó en el techo, queda todavía el recurso de entretenerse con los caprichos á que el humo de un cigarro se entrega desde el momento en que se le deja la libertad suficiente para esparcirse en el aire.

Todavía hay un libro muy formalmente colocado sobre una mesa inmediata, que puede proporcionar la amena ocupación de ser hojeado con los dedos unos cuantos minutos.

También hay un piano que no se niega nunca á golpear sus sonoras cuerdas, si hay alguien que tenga el capricho de pasarle las manos por las teclas.

Detrás de las persianas discretamente entorna-

das como los ojos de una mujer cuando mira lo que no quiere ver, puede muy bien pasarse media hora observando lo que pasa al otro lado de los cristales de la casa de enfrente.

Queda aún una vecina más ó menos joven, ó más ó menos bella, que es capaz de hacer de su balcón el entretenimiento de todos los vecinos que no sepan qué hacerse.

Con tantos recursos para pasar agradablemente una hermosa mañana, es preciso ser un loco para salir de casa.

Decididamente este hombre, que no tiene nada que hacer, se entrega con la mayor actividad, y sin perder ni un solo minuto, á la ocupación de no salir á la calle.

Una resolución, por insignificante que parezca, es una cosa que nos cuesta siempre mucho trabajo, y que, después de adoptada, nos deja tiempo para que podamos ocuparnos en otros asuntos.

Así es que este hombre no podrá menos de regretarse las manos con la satisfacción del que ha concluido una obra que le quitaba tiempo para entregarse á otra.

La organización más activa se pasmaría de lo que trabajan los hombres que no saben qué hacerse, si fuera posible reunir en una sola cantidad la suma total de lo que hacen.

Perder á una mujer ó á una familia, perder una gran fortuna y perder la salud, son cosas que parecen muy fáciles, porque las llevan á cabo esos hombres activos que pasan su vida sin tener que hacer.

Nuestro hombre no sale de su casa ; es cosa resuelta. Dejémosle un momento entregado á sus numerosas ocupaciones en su magnífica casa, construída, *verbi gratia*, en el centro de Madrid.

Á lo último de la calle de Fuencarral, por ejemplo, vive una mujer, que tiene que hacer en esta hermosa mañana una compra, una visita ó un encargo.

Como el pudor es una cosa tan natural en las mujeres, ésta se viste perfectamente para salir á la calle. La cosa es bien natural.

Al ajustarse una falda de color de tórtola, uno de sus adornos ha tenido el capricho de engancharse en una de las molduras de su elegante tocador; y como una mujer, cuando la llama el espejo, no reflexiona, da dos pasos precipitados, y la falda, por seguirla, deja la mitad del adorno desgarrado en los dibujos salientes de la moldura.

Esto es lógico.

Todo vestido que se rompe es entre las mujeres una voz irresistible que pide otro vestido, y esta mujer se lo pide por de pronto á su doncella, reservándose el derecho de pedirselo después á su marido.

Esto es incontestable.

La doncella trae otra falda verde, sembrada de flores menudas. No es esa la que quería, pero es tarde, y no puede perder tiempo después de haber perdido la falda de color de tórtola, y un momento después está en la calle.

Cruza una, y luego otra, y luego todas las que

se le van poniendo delante, hasta que llega á una en que dos coches y un carro han formado el nudo más gracioso del mundo.

Esto en Madrid es muy frecuente.

Ó es preciso esperar á que el nudo se deshaga, ó hay que dar un largo rodeo y echar por otra calle.

Esto es un dilema.

Ciertas mujeres prefieren andar una hora á esperar un minuto, y por eso se las ve andar todos los días por todas partes buscando amantes y maridos, que pudieran muy bien esperar en sus casas.

La calle que atraviesa en este momento es precisamente la misma en que se levanta la casa del hombre que hemos dejado metido en la asidua tarea de no salir á la calle.

La acera por donde se desliza esta mujer que ha roto su falda de color de tórtola, es la que se tiene enfrente de los balcones del hombre ocupado.

El momento en que pasa, es el instante mismo en que nuestro hombre, para disimular sus averiguaciones acerca de lo que ocurre en la casa de enfrente, ha bajado honestamente sus ojos hasta las baldosas de la acera.

Su mirada se siente herida por un relámpago verde oscuro con flores menudas.

Las mujeres mismas no saben muchas veces lo que es un vestido.

Dos mujeres que tengan dos vestidos iguales pueden volver loco á un hombre, si el hombre no tuviera bastante con una para perder el juicio.

El vestido verde con flores menudas desaparece

detrás de la esquina, y el hombre ocupado se siente de pronto oprimido por ese calambre moral que se llama duda.

La onda graciosa de aquel vestido desapareciendo detrás de la esquina es para este hombre un verdadero relámpago, á cuya luz ve en su imaginación la figura de una mujer.

Aquel aire y aquel vestido son suyos; luego debe ser ella.

Ella es el nombre con que bautizamos á la mujer que el amor nos mete en el alma.

Con esa palabra profunda parece que queremos decir que no hay otra en el mundo.

Para salir de la duda, no hay más remedio que salir de casa: una levita y un sombrero son cosas que los hombres tienen siempre á la mano; las escaleras se bajan mucho más fácilmente que se suben, y las calles están siempre abiertas para todos.

Á la última palabra de este raciocinio ya está en la calle, y se lanza como un rayo detrás de aquel relámpago verde con flores menudas.

Al volver la primera esquina el vestido relampaguea un instante, y desaparece al volver la esquina siguiente.

Cuando se anda muy de prisa no se les deja tiempo á los pies para que vean el terreno que pisan, y las baldosas más graves suelen levantarse á veces con cierto disimulo para dejar caer á los que no llevan los ojos en la suela de las botas.

En esta calle había una baldosa entretenida en ver lo que pasaba por encima de su compañera.

Los hombres no ven las baldosas que se levantan cuando es una mujer la que llevan delante de los ojos, porque llevar una mujer delante de los ojos equivale á llevar una venda.

En este caso el pie llega, se engancha en el borde de la piedra, y no tiene más tiempo que el preciso para tirar bruscamente del individuo, dejándolo caer sobre las baldosas, que por muy duras que sean, no se han negado nunca á recibir á nadie.

Nuestro hombre se levanta con esa cara que todos tenemos para el momento de una caída, y al ponerse de pie averigua que se ha roto una pierna.

¡Cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto detalle ha sido preciso para que una pierna se rompa!

¡Qué bien ha tejido la casualidad todos los hilos para venir á parar á romperle la pierna en medio de la calle á un hombre que había decidido no salir de su casa!

La cirugía podrá decir lo que quiera de esa pierna rota, pero ella no es más que la cantidad que arroja una suma de circunstancias, un enredo maravillosamente fabricado por el hilo de los sucesos.

